

CAPÍTULO 8: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS POBRES

Un amigo mío y su hijo conducían por una calurosa autopista en California hace varios años, y pasaron por un puesto de helados. Mi amigo decidió que a su pequeño hijo de diez años le vendría bien un cono de helado. Entonces detuvo el auto, le dio diez centavos a su hijo, y le dijo que corriera a buscar un cono de helado.

En un momento, el niño regresó del puesto de helados casi llorando. Todavía tenía los diez centavos, y le dijo a su padre que el hombre no le vendería ni un cucurucho de helado. Entonces el padre salió del auto, se acercó al hombre y le preguntó: «¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no le vendes a mi hijo un cono de helado?».

El dueño del puesto de helados dijo: «No vendemos conos de helado de nueve centavos. Su hijo quería un cono de helado de nueve centavos».

Entonces, mi amigo pastor se dio cuenta de que su hijo de diez años ya había dedicado su diezmo de los diez centavos al Señor, entre el auto y el puesto de helados. Así

que se relajó, le explicó al dueño del lugar lo sucedido, y se disculpó por el malentendido.

El hombre dijo: «¿Es eso lo que haces con el centavo de tu moneda de diez centavos? ¿Se la das al Señor?» «Bueno», dijo, «Te diré lo que haces, hijo. Le das toda tu moneda de diez centavos a Señor, y te daré un cono de helado.» Y puso una cucharada, dos cucharadas y tres cucharadas hasta que el helado se escurrió y se lo entregó al niño. Una vez más se cumplió la promesa que Dios abriría las ventanas de los cielos y derramaría bendición. Dios se deleita en honrar a los que le honran.

En Marcos 12 hay una historia sobre cómo Jesús trató a los pobres, aquellos que tenían muy poco, pero eligieron poner a Dios primero en sus donaciones. La historia comienza en el versículo 41: «Jesús, sentado frente al tesoro, vio cómo la gente echaba dinero en el tesoro».

Quizás recuerdes que, en los días de Cristo, aparentemente, la forma habitual de recibir ofrendas era colocar un recipiente en el vestíbulo. Y cuando la gente salía de la iglesia, pusieron sus ofrendas. ¡Personalmente desearía que pudiéramos revivir ese método para recibir la ofrenda! Pero, no obstante, ese era el método en los días de Jesús.

Jesús pudo estar allí en el vestíbulo y observar. «Y muchos ricos echaron mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, que equivalen a un cuarto». Versículos 41-42.

Un caramelo vale sólo una fracción de uno de nuestros centavos. Incluso el centavo que el hijo de mi amigo apartó del cono de helado, valía más que lo que tenía esta viuda. Pero ella arrojó su ofrenda, y Jesús la vio.

«Y llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo, que esta viuda pobre echó más que todos los que echaron en el tesoro; porque todos echaron de lo que les sobraba; pero ella de su necesidad echó todo lo que tenía, incluso todo su sustento.» Versículos 43-44.

Esta era una viuda pobre, pero me gustaría sugerir que era una viuda rica y pobre. La Biblia habla de aquellos que son ricos en fe. Y si tuvieras que elegir entre ser rico en fe, o rico en bienes de este mundo, ¿cuál elegirías? Puede que sea fácil dar una respuesta rápida. ¿Pero cuál preferirías realmente?

Esta era una viuda rica y pobre, y obtuvo buenas calificaciones de Jesús mismo, lo cual debe haber escuchado. Aparentemente, Jesús estaba tan cerca de ella,

que ella pudo escuchar lo que pasaba entre Jesús y sus discípulos.

Este encuentro tuvo lugar a mediados de la última semana de la vida de Jesús, apenas unos días antes de la crucifixión. Debe haber traído aliento al corazón de Jesús ver la fe de esta mujer. Y debe haber sido alentador para ella escuchar lo que dijo Jesús.

Jesús solía pronunciar palabras de agradecimiento. Desde que era niño, era conocido por pronunciar palabras de aliento y alegría. Y esta viuda debió salir del templo con paso más ligero, con esperanza en el corazón, con coraje para un día más, por su contacto con Jesús ese día.

De esta historia surgen varias lecciones sobre el dar, y los principios bíblicos del dar. En primer lugar, nuestra capacidad para dar depende de tres cosas: el dinero que tenemos, las posesiones que tenemos, y el poder adquisitivo que tenemos. A veces, el dinero o el flujo de efectivo de las personas se pierden en posesiones. En Mateo 19, Jesús le dijo al joven rico: «Ve, vende todo lo que tienes y dalo». Vea el versículo 21. «Deshazte de algunas de tus inversiones».

La norma bíblica para dar se encuentra en Malaquías, donde se describe el método de Dios. Nos pide que

cedamos en el plan de porcentaje. Realmente, esa es la única manera justa de medir las donaciones. A veces podemos engañarnos pensando que hemos dado mucho, simplemente porque hemos dado más dólares que otra persona. Pero en la historia de esta viuda, tenemos otro principio: Dios mide lo que damos, no por la cantidad del regalo, sino por la cantidad que nos sobra después de haber dado. Y según Su medida, esta mujer había dado más que todos los demás, porque dio todo lo que tenía.

Tomemos un ejemplo moderno. Supongamos que un estudiante universitario que intenta avanzar en la escuela puede ganar 100 dólares adicionales durante el mes. Según el principio bíblico del diezmo, que es el 10 por ciento, él debe devolverle a Dios 10 dólares, lo cual en realidad no es un regalo. Es sólo ser honesto. No es ser generoso. La enseñanza bíblica es que el 10 por ciento de nuestro aumento pertenece a Dios de todos modos.

Pero si ese mismo estudiante, también dejara caer una moneda de veinticinco centavos en el plato de ofrendas durante el mes además de su diezmo, podría pensar que no había dado mucho.

Otra persona, con un empleo estable y un salario regular, podría ganar 2000 dólares durante el mes, pagar

200 de diezmo y depositar 5 en el plato de ofrenda. Y esa persona habría dado la misma cantidad que el estudiante.

Y la persona que gana 10000 en un mes, devuelve 1000 en diezmo, y pone 25 en el plato de ofrenda, ha dado el mismo porcentaje que el estudiante que dio el trimestre. Eso realmente nos dice algo acerca de la justicia de Dios, ¿no es así?

Quizás sea posible malinterpretar la lección de la historia de la viuda, y decir: «Debemos dar todo lo que tenemos a la iglesia».

No, eso no es lo que Jesús está diciendo, y no es lo que Él espera. Está bien que le quede algo. A Abraham le quedaba algo. Abraham era rico. Y Abraham obtuvo buenas calificaciones. Otros en las Escrituras tenían grandes riquezas: Job, David y Salomón, por nombrar sólo algunos. Es legítimo tener una base a partir de la cual ganar más dinero, siempre y cuando ese aumento no eclipse nuestro sentido de necesidad, y llegue a ser más importante para nosotros que el tesoro celestial. David lo dijo bien en el Salmo 62:10: «Si las riquezas aumentan, no pongas tu corazón en ellas».

Consideremos otro caso histórico: la historia del rico tonto. Se encuentra en Lucas 12, comenzando con el

versículo 16. «Y les refirió una parábola, diciendo: La tierra de un hombre rico producía en abundancia; y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo granero donde depositar mis frutos?» Y ahí mismo se lo perdió. ¿De quién fueron los frutos?

«Y él dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí pondré todos mis frutos y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio».

Eres un tonto, hombre. Has olvidado quién es el que mantiene latiendo tu corazón. Has olvidado quién es realmente el dueño de la fruta y del ganado en las mil colinas, y del oro y la plata y de todas las minas. «Esta noche te será demandada tu alma: ¿de quién serán entonces las cosas que has provisto? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios». Versículos 16-21.

Aquí tienes un contraste con la viuda pobre. Ella dio todo lo que tenía y se quedó con todo lo que él tenía. ¡Qué diferencia!

Es parte de la naturaleza humana que cuanto más dinero tienes, más dinero gastas. Construimos graneros

más grandes. ¿Graneros? Bueno, tal vez no nos gusten todos los graneros. Pero qué fácil es usar nuestro aumento para casas más grandes, mejores autos, vacaciones más caras, y olvidar las necesidades de los pobres, descuidar la obra del Señor, olvidar quién es quien da el poder de obtener riqueza.

Otra lección de cómo Jesús trató a la viuda pobre, es que el más pobre, el más humilde, y el que pasa desapercibido para los estándares mundanos, todavía tiene un gran valor a los ojos de Jesús. Según los estándares y medidas de su época, las mujeres eran ciudadanas de segunda clase. Una mujer que había perdido la compañía de su marido había perdido algo más que su estatus en la sociedad. Y una mujer viuda y pobre estaba entre las más bajas de todas.

La gente de la época de Cristo medía la espiritualidad por la riqueza y los logros. Incluso los discípulos de Cristo, cuando Jesús les dijo lo difícil que era para un hombre rico entrar en el reino de los cielos, preguntaron: «¿Quién, pues, podrá salvarse?» Véase Mateo 20:23-25.

Era comúnmente aceptado que cuanto más rico eras, más alto estabas a los ojos del cielo, y a los ojos de los hombres.

Pero en esta historia vemos que el suelo está nivelado al pie de la cruz. Esta viuda, en su pobreza y humildad, pudo dar más que todos los demás, más que todos los ricos, los honrados y los notados.

Esto fue cierto no sólo en el porcentaje que dio, sino también en los resultados de su donación. Debido al elogio de Jesús por su pequeña ofrenda, otros se han sentido alentados a traer lo poco que tienen, que de otro modo habrían considerado demasiado pequeño para ser aceptado. Y si bien las ofrendas de los fariseos ricos hace mucho que han sido olvidadas, las dos blancas de esta viuda han sido el comienzo de una corriente de pequeños obsequios, que se ha ampliado hasta el día de hoy.

Ella dio porque amaba, y eso fue lo que marcó la diferencia. Y es el amor de Jesús lo que hace que todas nuestras donaciones, grandes o pequeñas, tengan valor a los ojos del cielo.

Nuestra donación debe ser una respuesta y un reflejo del don de Jesús. «Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, aunque era rico, por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza seáis ricos». 2 Corintios 8:9.

Cuán agradecidos podemos estar por las riquezas que son nuestras en Cristo Jesús. Y cuán agradecidos podemos estar por la forma en que trató a la viuda pobre dándole riquezas eternas.